

ALPHA Nº4/88

Lucía GUERRA, Texto e ideología en la narrativa chilena, Minneapolis, Institute for the Study of Ideologies and Literatures, Prisma Institute, 1987, 249 pp.

El carácter distintivo e innovador de esta investigación lo constituye el hecho de que en ella -mediante los principios teóricos de Lukács y Goldmann principalmente- se busca aprehender y explicitar la interacción entre la literatura como fenómeno cultural y estético y el contexto ideológico en que se manifiesta la narrativa chilena desde el siglo XIX al XX.

Al asumir como hipótesis de trabajo que la literatura es un proceso de apropiación de la realidad desde una determinada ideología, Lucía Guerra -Profesora de la Universidad de California, Irvine- privilegia la transición política, económica y social que caracteriza la mayor parte del siglo XIX cuya constante ideológica es el liberalismo. Este marco referencial determinará los rasgos de la estética romántica, puesto que la literatura será entendida como manifestación de ese momento histórico y, por ende, su función será contribuir a fundar una nación democrática y liberal. Por tal motivo, "lo ideológico" se hace "alegoría" en Don Guillermo (1860), pues junto con la defensa de los principios liberales -que Lastarria sustenta y padece- se hace literatura nacional: la novela incorpora tradiciones y anécdotas verídicas, personifica los bandos en pugna y expone la condición postergada del liberalismo (pp. 13-28).

La investigadora advierte que esta situación conflictiva de la estructura profunda de la sociedad chilena no se expresa en el realismo de Blest Gana. En La aritmética del amor -premiada por la Universidad de Chile en un concurso (1860) convocado según las normas de la estética liberal- el amor folletinesco es afirmación de una aristocracia honesta y virtuosa que no cuestiona sus bases económicas (pp. 29-48).

Consecuente con esta perspectiva de análisis, la autora destaca que, hasta el comienzo del siglo XX, la narrativa chilena muestra a la nación como un organismo social homogéneo. El estudio dedicado a los cuentos de F. Gana (pp. 49-64) -donde recurre al método propuesto por F. Jameson- permite examinar en los temas campesinos los primeros indicios de la percepción de un país constituido por clases sociales, aunque tales relatos resuelven imaginariamente aquellas contradicciones reales, propias del momento histórico.

En el curso de la evolución de la narrativa chilena, la recurrencia al mito constituye un significativo distanciamiento frente a la estética realista. Mediante él, se anula la correspondencia fiel entre arte y realidad dando paso a un nuevo tipo de representación artística que responde al concepto vanguardista de la realidad como fenómeno ambiguo y polivalente. En Al-sino de P. Prado (pp. 65-82) L. Guerra explicita cómo hacia 1920, lo mítico proyecta el contexto social e histórico, de carácter belicista. La novela muestra precisamente, la disyunción entre un héroe problemático que aspira a una relación armónica con la naturaleza, el arte y la divinidad y una sociedad pragmática que todo lo mercantiliza.

Al estudiar la generación de 1938 (pp. 101-132) se aprecia elocuentemente las ventajas de aplicar el método de Lukács y Goldmann a la narrativa chilena. La decidida concientización social de entonces (1930-1940) repercute en los modos de escritura -no sólo realistas del referente textual- mediante los cuales esta generación asume la literatura como instrumento estético e ideológico, dentro de la sensibilidad superrealista. Las proposiciones de L. Guerra al respecto tienden a refutar el juicio constante de la crítica sobre estas producciones literarias y, a su vez, permiten observar -como lo hace en El habitante y su esperanza de P. Neruda (pp. 83-101)- los signos de la vanguardia estética que aparecen en entredicho, pues sólo se advierte en ellas la explicitación de una avanzada ideológica.

Al analizar obras como Hijuna y Camarada de C. Sepúlveda; La sangre y la esperanza y Los hombres oscuros de N. Guzmán; Ránquil de Lomboy y Norte Grande de A. Sabella, L. Guerra determina en el neorrealismo chileno -entre otros aspectos- el cultivo de la novela de formación como serie característica del 38, pues, permite expresar la toma de conciencia que hace el héroe de su pertenencia a una clase social, quien no se enajena en el estrato social dominante y toma su lugar en la actividad laboral y en el sindicato. Los textos examinados permiten además destacar que en el discurso, cobra especial relieve la narración en primera persona, pues la novela de aprendizaje -enunciada como relato autobiográfico- exhibe todo un proceso de evocación mediante el recurso de la memoria, lo que trasciende hacia la interiorización del universo novelado e incorpora al relato una proferición de carácter lírico -y no sólo eufórica o panfletaria- que internaliza la praxis cultural y cotidiana propia de un sector social específico.

En la generación del 50 (pp. 169-198), L. Guerra estudia los cambios que a la fecha se han operado en lo que respecta a los cánones estéticos e ideológicos. Esta generación es pesimista con respecto a una literatura utilitaria, local y comprometida con una clase. Por el contrario, aboga por una proyección universal de los conflictos humanos en el arte. Novelas representativas como Hijo de ladrón de M. Rojas, Pena de muerte de E. Lafourcade, Daniel y los leones dorados y Cuatro estaciones de J.M. Vergara, Coronación de J. Donoso, La vacilación del tiempo de A. Echeverría, Islas en la ciudad de M.E. Gertner y El huésped de M. Aguirre revelan que esta generación -entre otros rasgos- tiende a lo metafórico, modifica los procedimientos narrativos e instaura una actitud filosófica de raíces cristianas y existencialistas. Con ello la perspectiva sociológica cede lugar a una dialéctica de la existencia que confronta entre sí los diversos componentes sociales.

La evolución de esta interacción entre textos e ideología, según L. Guerra, alcanza a la reciente producción novelesca aparecida en Chile después de 1970.

Sin perder de vista su hipótesis analítica, en estos textos la autora indaga acerca de la discusión que provoca el valor de una literatura testimonial, el riesgo de lo panfletario, el problema estético de representar experiencias vividas y los diversos procedimientos para llevarlo a cabo: su carnavalización (Coral de guerra de F. Alegría), el imperativo de autoconocimiento y testimonio y su reconstrucción retrospectiva (Tejas verdes de H. Valdés; Cerco de púas de A. Quijada); su proyección siconalítica (Abel y sus hermanos de A. Vásquez). En estas obras, según afirma L. Guerra, se produce una polivalencia testimonial propia de quien pretende apropiarse de un sector conflictivo de su historia y de su realidad vital (pp. 227-249).

Un capítulo aparte lo constituyen los estudios relativos a la narrativa femenina. L. Guerra tiene amplio dominio al respecto, pues, aparte de su novela Más allá de las máscaras, ha expuesto en diversos simposios sobre el tema y ha editado Mujer y sociedad en América Latina (Stgo. de Chile, del Pacífico, 1980), y une a todo ello su conocimiento de la teoría feminista francesa. La tesis feminista considera que la estructura económica occidental ha relegado a la mujer a un lugar subalterno en las esferas de la producción y de la cultura, y le ha asignado una caracterología, un modo de conducta y un tipo de lenguaje específico.

L. Guerra aplica en las generaciones del 38 y del 50 (pp. 133-150) las categorías de análisis ya empleadas y observa una constante ideológica al respecto: en la estética femenina del neorrealismo la mujer permanece recluida en el hogar y alejada de los compromisos colectivos, pues ellos son preocupaciones del hombre como sujeto activo y protagónico.

Como consecuencia de lo anterior, la mujer no cuestiona el rol pasivo que se le asigna. Su función es mantener un orden social dominante como si le fuera connatural. Tal como lo ha demostrado anteriormente -"La narrativa de María Luisa Bombal: una visión de la existencia femenina", Madrid, Playor, 1980, pp. 43-74- L. Guerra sostiene que en M.L. Bombal se produce una dualidad contradictoria entre el ser y el deber-ser (pp. 151-168), dado que según una ideología conservadora la mujer pertenece en cuerpo y alma al marido y la sentimentalidad y la fragilidad -antes que la sensualidad- son sus rasgos distintivos, que le imponen el alejamiento u omisión de lo contingente. Esto redundando en un hermetismo o clausura de lo femenino que rehúsa exteriorizarse y, por tanto, la vía de transgresión de esa imagen oficial de su mundo es la fantasía y la aspiración a una fusión cósmica. Así se expresa en La última niebla, La amortajada, La historia de María Griselda, Trenzas y El árbol de M.L. Bombal; El abrazo de la tierra, Espejo sin imagen y Las cenizas de M.F. Yáñez; El mundo dormido de Yenia y Extraño estío de M.C. Geel o Puertas blancas y Caminos verdes de Ch. Reyes.

Por consiguiente, como destaca L. Guerra, cualquier modificación en las circunstancias históricas y políticas de la sociedad afectará al status al cual está sometida la mujer. Así lo demuestra en Paseo -cuento de J. Donoso- donde sitúa algunos signos de transgresión que anticipan el cambio que se verificará en el rol de la mujer: la protagonista se libera de las rígidas normas familiares, altera un orden social preestablecido e incluye lo absurdo, junto con incorporar la vitalidad y autonomía de los sectores marginales. Pero, es en La brecha -novela de M. Valdivieso- donde Lucía Guerra identifica con precisión cuál es el comportamiento que -silenciado por generaciones- ahora expone y reclama para sí la mujer. Luego del derecho a sufragio (1948) inquiere en su circunstancia histórica, revela su propio lenguaje y no el del sexo opuesto. Confiesa francamente su índole vital y cuestiona la moralidad burguesa del matrimonio, su concepción de la maternidad y del placer y, en suma, aboga por su independencia, incorporándose libremente al

trabajo remunerado y no sólo a las acciones asistenciales.

En resumen, Texto e ideología en la narrativa chilena describe y analiza certera y rigurosamente obras, generaciones y modos de realización de nuestra narrativa, superando así las restricciones cronológicas que pesan sobre toda historia literaria. En los doce estudios, aquí reseñados, se comprueba una aplicación sistemática y eficiente de principios metodológicos adecuados a su objeto, según una explícita perspectiva. Por tal razón habrá de constituirse en referencia necesaria para estimular futuros estudios destinados a valorar adecuadamente nuestra literatura.

Eduardo Barraza Jara